

**AGUAFUERTES PORTEÑAS: TRADICIÓN Y TRAICIÓN DE UN  
GÉNERO**

**Fabiana Inés Varela**  
*Universidad Nacional de Cuyo*

*Resumen*

*El 5 de agosto de 1928, Roberto Arlt inicia la columna costumbrista del diario El Mundo que con el título de “Aguafuertes” se publicará, prácticamente sin interrupciones, hasta su muerte en 1942. En esta columna, Arlt retoma las características de un género periodístico de amplia y sólida trayectoria -el costumbrismo- que renueva con el aporte original de su pluma. Este trabajo analiza las relaciones temáticas de estas aguafuertes con el costumbrismo en sus dos vertientes: la pintoresquista y la de crítica ético-social.*

El 5 de agosto de 1928, Roberto Arlt publica su primera nota costumbrista en el periódico *El Mundo*; inicia así una sección que, con el título de “Aguafuertes” aparecerá a diario y prácticamente sin interrupciones hasta su muerte el 26 de julio de 1942<sup>1</sup>. En esta columna, Arlt retoma las características de un género periodístico de amplia y sólida trayectoria -el costumbrismo- al que renueva con el aporte original de su pluma. Este trabajo se propone precisamente analizar las relaciones entre las aguafuertes de Arlt y el género costumbrista en su modalidad de crítica ético-social.

### **Roberto Arlt y el diario *El Mundo***

El 14 de mayo de 1928 hace su aparición en el medio porteño el matutino *El Mundo*, diario innovador de la reconocida editorial Haynes, que busca competir, a partir de su formato y contenidos, con los dos periódicos tradicionales de la mañana: *La Nación* y *La Prensa*. Su formato *tabloid*, la primera plana vistosa con fotos y grandes titulares, las noticias breves y de fácil lectura, convierten a *El Mundo* en el órgano de prensa preferido por oficinistas, amas de casa y comerciantes que reconocen en él -según afirma Sylvia Saítta- “un diario que sabe que todo hombre y mujer modernos, en medio del trajín cotidiano, quieren tener información sobre política, deportes, teatros o cines, y que no disponen del tiempo necesario para leer, sentados en un amplio sillón o sobre el escritorio, las largas sábanas a las que duramente se habían acostumbrado”<sup>2</sup>.

Alberto Gerchunoff, el director del matutino, incorpora a la redacción a un interesante plantel de periodistas y de escritores noveles como Leopoldo Marechal, Nalé Roxlo, Francisco Luis Bernárdez y, entre ellos, Roberto Arlt, joven novelista autor de *El juguete rabioso* (1926) y cronista de la sección “Policiales” de *Crítica*, el diario de Natalio Botana. Arlt acepta y, desde el primer número, toma a su cargo la redacción de una nota diaria, de tono periodístico, que se publica sin título y sin firma y en la que comenta aspectos pintorescos de las noticias del día: “[...]crónicas vinculadas al mundo del delito, las pequeñas estafas, los accidentes en la vía pública, los delincuentes menores”<sup>3</sup>.

Al poco tiempo Gerchunoff -que no logra acomodarse al planteo ágil y novedoso del nuevo periódico- abandona la dirección y asume Carlos Muzio Sáenz Peña, director de la revista *Mundo Argentino*, también de la editorial Haynes, quien inmediatamente introduce reformas y novedades para atraer al público y a los anunciantes. Entre las novedades, aparece la publicación de la columna “Aguafuertes porteñas”, a partir del 5 de agosto de 1928. Los primeros envíos no tienen firma pero a partir del 14 de agosto aparecen las iniciales R.A. y, al día siguiente, el nombre completo. La sección aparece en la página editorial y es la única firmada que tiene el periódico<sup>4</sup>.

La columna costumbrista se inicia con un nombre muy propio del género “Aguafuertes porteñas” que alude al conocido arte del grabado, especialmente a la “técnica agresiva y multitudinaria del grabador Facio Hebequer que lo fascina y con la que Arlt se identifica de manera explícita: ‘Nada de colores, tinta y carbón’”<sup>5</sup>.

A lo largo de los años, la sección irá variando su título de acuerdo con las transformaciones del contexto socio-político del país, pero también

debido a los cambios de perspectiva e intereses del propio cronista. De este modo, en los inicios de la columna predomina la mirada sobre el Buenos Aires cotidiano con sus calles paseos, barrios, cines y, junto a este escenario, sus principales protagonistas: los tipos propios de este paisaje con sus hábitos y costumbres característicos.

Posteriormente, la profunda crisis económica y moral que sucede al golpe de estado de 1930 agudiza la sensibilidad de Arlt quien asume una actitud de mayor compromiso y denuncia frente a una modernización injusta, en la que el desempleo y la inmigración interna de origen rural se traduce en fuertes contrastes entre el centro de la ciudad y los barrios de la periferia. En 1933 aparece una selección de estas crónicas editadas por Victoria con el mismo título de *Aguafuertes porteñas*<sup>6</sup>. A partir de 1934, la sección cambia su nombre por el de “Buenos Aires se queja”, se dirige principalmente a las autoridades municipales y denuncia el estado lamentable de numerosas zonas de la ciudad.

El 12 de febrero de 1935 Roberto Arlt viaja a España y Norte de África y desde allí envía sus crónicas de viajes que testimonian sus impresiones de los diversos lugares visitados: surgen así las “Aguafuertes africanas”, “asturianas”, “madrileñas”. En julio de 1936 regresa al país y, luego de un breve paréntesis como cronista de cine y espectáculos, retorna a su antigua página que tendrá ahora un nuevo título acorde con la época: “Tiempos presentes” y, más tarde, “Al margen del cable”. La preocupación de Arlt en este momento se centra en la crónica y el comentario de los sucesos internacionales que conmueven al mundo: la situación en España y el progresivo avance de Hitler, principalmente. Hacia 1937 la ciudad vuelve a ser centro de estas notas que ahora intentan plasmar la mirada extrañada del cronista frente a los fuertes cambios producidos en la fisonomía urbana de Buenos Aires.

### **“Aguafuertes” y costumbrismo**

Como se ha señalado, ya desde el título “Aguafuertes”, Roberto Arlt retoma las características del género costumbrista -de amplia y sólida trayectoria en el periodismo argentino- al que renueva con el aporte original de su pluma. Los rasgos discursivos propios del artículo de costumbres son claros en la mayor parte de éstas: títulos expresivos que resumen el contenido o el tema del artículo, además de aquellos que encierran un enigma o clave que el lector debe dilucidar; el modo singular de iniciar y cerrar las notas; personajes genéricos presentados mediante un perspectivismo deshumanizante que deforma y exagera ciertas características

a fin de destacar un vicio moral; los sucesos reales y lugares concretos, la descripción directa con diálogos oportunos intercalados<sup>7</sup>.

Por otra parte, la crítica ha señalado claramente la relación de estas aguafuertes con los maestros del género, principalmente Quevedo y Larra, de modo tal que Arlt aparece como continuador de una línea de sátira costumbrista que señala con mordaz ironía los vicios morales y sociales. Robert Scari, en su artículo “Tradicición y renovación en *Las aguafuertes porteñas* de Roberto Arlt”<sup>8</sup>, observa una atmósfera común tanto en los “sueños” de Quevedo como en las “aguafuertes” de Arlt. También señala el parentesco entre algunos artículos y los “delirios filosóficos” de Larra, aunque falta obviamente en Arlt el optimismo dieciochesco, la fe en el progreso y en la posibilidad de reforma social que trasuntan las páginas del español.

El mismo crítico destaca que las aguafuertes del argentino “tienen una cualidad de cosa vivida, de visiones y experiencias tomadas de una observación directa e inmediata, de rápidas pinceladas que no han pasado por una etapa contemplación y ordenación”<sup>9</sup> que lo alejan de los maestros españoles del género: “Arlt se pasea, hurga y husmea los rincones más íntimos del ambiente porteño, los recovecos de la urbe y los somete a una radiografía que minuciosamente nos va revelando sus esferas más recónditas”<sup>10</sup>.

Precisamente, creemos que estas notas que, según Scari, alejan a Arlt de los maestros costumbristas españoles, lo acercan a la tradición costumbrista argentina, de naturaleza más crítica, y que presenta fuertes puntos de contacto con el costumbrismo crítico y ético-social, de origen inglés. Si bien ambas tradiciones costumbristas -la pintoresquista y la crítica- aparecen entrelazadas en los artículos de Arlt, nos centraremos únicamente en el examen de aquellas notas que remiten al costumbrismo ético-social para observar allí las tensiones que se establecen entre la tradición del género y la originalidad expresiva de Roberto Arlt.

### **El costumbrismo y sus variantes**

Antes de ahondar en el análisis de las *Aguafuertes porteñas*, es necesario precisar algunos conceptos claves en torno a la noción de costumbrismo. Por una parte, se distingue un costumbrismo pintoresquista, muy atado al color local, tradicionalista, generalmente de tono melancólico que mira nostálgico cómo el paso del tiempo va desdibujando notas características de sociedades de tipo tradicional. Esta variante fue ampliamente desarrollada en España en los artículos de Mesonero Romanos, principalmente. Por otra parte, se observa un costumbrismo crítico que apunta a través del humor y la ironía al

mejoramiento de las costumbres y hábitos de la sociedad urbana. Esta vertiente está orientada desde sus inicios por la noción iluminista y racionalista del progreso.

Gioconda Marún señala que el periodismo literario inglés, en especial el cultivado por Joseph Addison y Richard Steele en sus periódicos *The Tattler* y *The Spectator*, inició un costumbrismo de reforma social, creó los rasgos y artificios del censor u observador de la sociedad, legó iguales temas y motivos de crítica para señalar las flaquezas y vanidades del ser humano e inició, finalmente con la forma breve y condensada del ensayo periodístico inglés un nuevo tipo discursivo: el artículo moderno de crítica ético-social y literaria<sup>11</sup>.

Entre los rasgos que distinguen este costumbrismo, y que nos interesan por su posible relación con Arlt, se destacan la elección de lugares familiares de la vida londinense como escenarios de los sucesos, el especial placer de los cronistas por caminar por los parques y lugares públicos de la ciudad donde escuchan y hablan con la gente y recogen material útil para sus crónicas. Además, presentan una galería de tipos originados por el crecimiento y desarrollo vertiginoso y desordenado de la ciudad: libertinos, calaveras, ateos, iletrados, alcohólicos, jugadores, etc.

Esta variante crítica dejó una fuerte impronta en el costumbrismo argentino, que se evidencia ya desde las primeras publicaciones periódicas porteñas. Paul Verdevoye en un documentado estudio señala la fuerte presencia en el periodismo argentino anterior incluso a la independencia, de un costumbrismo crítico de origen racional e iluminista que tiene un claro proyecto reformador y progresista. En los primeros antecedentes argentinos del género ya se distinguen una serie de rasgos propios, entre ellos el interés por la crítica teatral, la descripción de animadas escenas costumbristas, la incorporación, muy tímida al principio, del lenguaje hablado y un cierto orgullo nacional que no excluye la admiración hacia lo extranjero<sup>12</sup>. Entre los elementos que más llaman su atención se destaca la temprana presencia de la contraposición entre los términos “civilización” y “barbarie”, el primero como sinónimo de ilustración, cultura, liberalismo, modernidad y el otro como su opuesto: superstición, fanatismo, intolerancia, absolutismo, tiranía, conceptos que luego serán retomados por Sarmiento.

Este incipiente costumbrismo denuncia una serie de costumbres populares a las que opone ciertos principios de ética individual, al mismo tiempo que reglas de conducta cívica. Entre las costumbres más censuradas por su barbarie se destacan juegos como las corridas de toro y el carnaval, además de la continua denuncia por el mal estado de la ciudad, que atenta contra su embellecimiento y salubridad.

El costumbrismo ético, junto con variantes más pintoresquistas, continúa vigente durante todo el siglo XIX y hasta bien entrado el siglo XX, principalmente en las páginas de los periódicos más representativos.

### **El costumbrismo en las *Aguafuertes porteñas***

El costumbrismo de Arlt, principalmente las notas dedicadas a la ciudad de Buenos Aires, su geografía urbana y sus tipos más característicos, presenta una serie de elementos que permiten relacionarlo estrechamente con esta tradición costumbrista argentina, sin desmerecer los aportes provenientes de otras tradiciones, entre ellas la española. Esta relación con la tradición ética del costumbrismo puede observarse tanto en la adopción de ciertos artificios de redacción propios del género, por ejemplo la figura del cronista, como en el interés por determinados tipos y costumbres. En este trabajo destacaremos principalmente la caracterización de Arlt como cronista y el tratamiento de algunos temas clásicos del costumbrismo rioplatense: la crítica de costumbres, especialmente el carnaval, y los aspectos urbanísticos de la ciudad de Buenos Aires para observar las modulaciones que adquieren en las crónicas de Arlt. De más está decir, que no agotamos las posibilidades del tema y que simplemente apuntamos aquellos elementos que han llamado la atención en nuestra lectura.

#### *Arlt cronista*

Roberto Arlt en sus aguafuertes asume numerosos rasgos distintivos del cronista -entendido como una particular creación del costumbrismo ético social-, distanciándose a la vez de ellos para dar así respuesta a su contexto epocal y afirmar, de particular manera, su propia identidad.

La lectura de las aguafuertes permiten delinear al cronista como un personaje configurado a partir de cualidades y características que remiten al estereotipo del género: su capacidad de observador, su caracterización como hablador, la relación con su editor, sus continuas quejas ante la ardua tarea cotidiana. Por ejemplo, en la nota “Una excusa; el hombre del trombón”, se observa ya desde el título, que el tema propuesto no es más que una excusa para hablar de las dificultades del oficio de cronista, específicamente la ardua tarea de escribir con rigor, una cantidad determinada de palabras sobre un tema distinto cada día, apurado siempre por el editor o director del periódico que le insta cotidianamente a dejar material adelantado:

La verdad es que venía pensando a todo vapor. ¿Daré el sujeto del trombón tema de nota para ochocientas palabras? ¡Maldito sea el

trombón! Podía haber tomado el argumento de otro asunto; por ejemplo, ¿qué ejemplo? ... Ahora me explico por qué mi Director siempre me dice:

-Dejá nota adelantada, Arlt.

Yo no puedo negar que mi Director tiene razón. ¡Cómo lo voy a negar si esa observación me la hace en paternalísimo tono! Pero el caso es que uno tiene fiaca, y está seguro que al día siguiente tendrá argumento. Y la verdad que el argumento del hombre del trombón no es malo; pero me falta tiempo para desarrollarlo<sup>13</sup>.

Otra dificultad que los maestros del género destacan en sus artículos es la imposibilidad de dejar satisfecho a todos los lectores. Así Arlt se queja porque no sabe cómo debe escribir para su público que, a menudo, expresa opiniones opuestas sobre un mismo tema: “Aquí a mano tengo dos cartas de lectoras. Las dos perfectamente escritas. Una firma Elva y se lamenta de que sea antifeminista. Otra firma ‘Asidua Lectora’ y con amables palabras encarece mis virtudes antifeministas” (“¿Cómo quieren que les escriba?”, p. 370).

Se trata, en suma de conocidos tópicos del género y no es difícil encontrar en periódicos de la más diversa procedencia, crónicas que los desarrollan, muchas veces para rellenar las columnas necesarias y cumplir con la orden del director del periódico.

Otro artificio del género que Arlt utiliza para dar mayor dialogismo a sus crónicas, es apelar a supuestas cartas de lectores que plantean temas de interés común o bien que permiten abrir la polémica sobre diversos aspectos de la realidad del momento:

La semana pasada publiqué algunos fragmentos de cartas que me habían enviado lectoras de esta sección: y he quedado sorprendido al comprobar el interés que en el público masculino despierta la literatura epistolar femenina.

Agradecidísimo a estas señoras y señoritas que me alivian el trabajo de escribir una nota. He recopilado las más interesantes que me han enviado, aunque algunas no estén de acuerdo con mi manera de pensar (“Interesantes cartas de mujeres”, p. 335).

En el caso de Arlt, las cartas de los lectores -si bien es difícil determinar cuáles son reales y cuáles creaciones del cronista- permiten también reconstruir la relación del cronista con su público<sup>14</sup>:

No ha pasado un día sin que yo recibiera cartas de mis lectores. Cartas joviales, cartas portadoras de un espíritu cordial, cartas que, lógicamente, uno lee con una inevitable sonrisa de satisfacción y que de pronto le descubren al escritor la conciencia de su verdadera fuerza. Lo convencen de que sus esfuerzos no son inútiles ni tienen el pobre fin de llenar espacio, sino que uno desempeña una labor que despierta un interés en el espíritu de quien lo lee. Eso de saber que no se acciona en el vacío vale mucho. Es quizás el más poderoso estímulo (“La crónica n° 231”, p. 368).

Un elemento que diferencia a Roberto Arlt de sus antecedentes costumbristas es la ausencia de seudónimo, hecho que sorprende a los lectores -pues está fuertemente arraigado en su horizonte de expectativas- y produce más de una divertida situación:

[...] hoy he recibido una carta en la que no se me elogia. Su autora, que debe ser una respetable anciana, me dice:

“Usted era muy pibe cuando yo conocí a sus padres, y ya sé quién es usted a través de su Arlt”.

Es decir, que supone que yo no soy Roberto Arlt. Cosa que me está alarmando, o haciendo pensar en la necesidad de buscar un pseudónimo [...]

[...]

Y otras personas también ya me han preguntado: “¿Dígame, ese Arlt no es seudónimo?”.

Y ustedes comprenden que no es cosa agradable andar demostrándole a la gente que una vocal y tres consonantes pueden ser un apellido. (“Yo no tengo la culpa”, p. 42).

Esta ausencia de seudónimo puede obedecer a diversas causas: en primer lugar, dentro de la anonimidad propia de la cultura de masas del siglo XX ya no es necesario ocultarse detrás de un seudónimo para realizar la crítica. Por el contrario, su posición como comunicador reconocido dota a su discurso de mayor convicción y de poder para incidir en las autoridades pertinentes. También puede hablarnos de la necesidad de Arlt de construir(se) a través de las crónicas, un personaje homónimo con características precisas, más cercano a los caracteres de sus novelas que al Arlt de carne y hueso. O bien, como afirma Saítta, presentarse sin seudónimo le permite legitimar su lugar de enunciación, consolidar un público, saberse leído por miles de lectores, “ser” a través de la escritura: “La escritura y un nombre propio, reconocido y popular, son las llaves para salir del anonimato



al que lo condenaban su origen social, que lo diferencian de los también anónimos lectores [...]”<sup>15</sup>.

Los elementos del personaje del cronista que Arlt asume en sus notas, en tanto observador del espectáculo que las calles ofrecen al paseante, como hablador que comenta a sus lectores lo percibido en su deambular por la ciudad, lo relacionan indiscutiblemente con toda la tradición de espectadores y habladores del género<sup>16</sup>.

El cronista pasea por la ciudad y en este deambular va captando la realidad que lo circunda y que le brinda el material para sus crónicas. Sin embargo, si bien la actividad es similar, el paseo de Arlt a través de una urbe superpoblada y cosmopolita en vertiginoso cambio, poco tiene en común con el “paseo” como actividad social organizada y reglamentada propia de los siglos anteriores, espacio privilegiado de intercambio social, al que la gente acudía para mirar y ser visto y en el que se afianzaban las relaciones entre las personas de una misma clase social. El paseo de Arlt se transforma en el vagabundear propio del *flâneur* que en su vagar por calles y barrios va redescubriendo una ciudad que le es a la vez propia y ajena.

El vagabundeo no es tanto un “no hacer” como “un placer físico, una alegría profunda” (“Elogio de la vagancia”, p. 229) que permite experimentar, vivenciar una realidad cambiante y cotidiana: “-¿Te das cuenta, qué lindo es vagar; mirar las fachadas de las casas, la gente que pasa, los atorrantes que cavilan en los portales, las muchachas de las tiendas que arreglan vidrieras, los patronos almaceneros que, detrás de la caja, vigilan a sus dependientes?” (*Ibidem*).

Al vagabundeo se une de modo esencial un particular don de observación, una capacidad para ver más allá de lo aparente, propia del “soñador irónico y un poco despierto”:

Para un ciego, de esos ciegos que tienen las orejas y los ojos bien abiertos inútilmente, nada hay para ver en Buenos Aires, pero, en cambio, ¡qué grandes, qué llenas de novedades están las calles de la ciudad para un soñador irónico y un poco despierto! ¡Cuántos dramas escondidos en las siniestras casas de departamentos! ¡Cuántas historias crueles en los semblantes de ciertas mujeres que pasan! (*Ibidem*, p. 115).

A su vez, la calle le brinda al cronista el material necesario para animar su crónica. La calle es así espectáculo, escenario que obliga al cronista a poner en juego todos sus sentidos, tanto lo que se ve, como lo que se escucha, como lo que percibe, transforman aquello que parecía destinado a ser “una arteria de tráfico con veredas para los hombres y calzada para las bestias y los carros”, en “un escaparate”, “un escenario grotesco y espantoso

donde, como en los cartones de Goya, los endemoniados, los ahorcados, los embrujados, los enloquecidos, danzan su zarabanda infernal” (“El placer de vagabundear”, p. 116). La calle es entonces para este particular caminante, soñador y observador un microcosmos que condensa en sí toda la riqueza del universo: “[...] he llegado a la conclusión de que aquel que no encuentra todo el universo encerrado en las calles de su ciudad, no encontrará una calle original en ninguna de las ciudades del mundo. Y no las encontrará, porque el ciego en Buenos Aires es ciego en Madrid o en Calcuta...” (*Ibidem*).

El vagabundeo y la capacidad de observación no sólo son cantera de temas de las crónicas sino también elemento estructurador de numerosas notas que se construyen a partir de detalladas referencias a la topografía de Buenos Aires, en las que los verbos de visión y de movimiento reconstruyen para el lector la experiencia del vagabundeo. En el deambular del yo se va configurando el espacio de las aguafuertes en la medida que ese yo observa y transcribe la realidad:

*Caminaba hoy por la calle Rivadavia, a la altura de Membrillar, cuando vi...* (Los chicos que nacieron viejos”, p. 35”).

Esta mañana *pasando* por la calle Talcahuano, tras del polvoriento vidrio de una ventana [...] *vi* (Taller de composturas de muñecas” p. 37).

Hoy, *callejeando* por Flores, entre dos chalets de estilo colonial [...] *he visto...* (“Molinos de viento en Flores”, p. 39)<sup>17</sup>.

Sin embargo, Este cronista no es un observador fiel a la realidad pues altera sus rasgos, la transforma, la deforma a través de la caricatura para así llamar la atención de sus lectores. Por ejemplo, en un paseo por la Isla Maciel, llaman su atención una serie de grúas abandonadas que semejan “una guardia de veinte gigantes de acero, muertos, amenazando el cielo con los brazos enredados de cadenas” (“Grúas abandonadas en la Isla Maciel”, p. 60).

El Arlt cronista es también, según la tradición, un hablador. Sin embargo, su hablar no es simplemente un decir sino un decir corrosivamente, de allí el nombre elegido como título de sus crónicas: “De modo que cuando usted me pregunta si lo que yo escribo son o no aguafuertes, no sé si decirle que sí o que no. Sé que a veces, a cierta gente, mis notas le pican como ácido nítrico. Y con este ácido es con el que se graba en metal el diseño de esa clasificación: aguafuertes” (“El derecho de alacranear”, p. 377).

El hablar del cronista incluye, entonces, un elemento de acidez, de ironía que molesta al público y muchas veces a la autoridad, pero que

también se constituye en un motivo de meditación, de reflexión sobre la realidad. Lo importante para Arlt no es tanto hablar, como “hablar mal” - “alacranear” en su particular jerga- pues esta acción promueve un movimiento de polémica entre los lectores:

[...] que no hay cosa más linda que hablar mal de alguien. Usted observe: se habla bien de una persona y rápidamente se enumeran las virtudes. Pero empezamos a hablar mal de un prójimo, y hasta las lámparas dan más luz si es de noche. Y fíjese bien. Decimos: “Es cierto, fulano tiene estas buenas condiciones pero, en cambio, tiene estas malas”. Y en cuanto largamos las últimas palabras, ya estamos todos estirando las orejas (*Ibidem*, p. 378).

Este hablar asume a la vez un tono familiar, cercano al público, pues la mayoría de las notas se escriben como un diálogo con el lector, al que se acerca utilizando el mismo idioma, lleno de voces lunfardas y de términos familiares: “Y heme aquí de vuelta al pago. Entre los compañeros; mi mesa de costumbre. Hablando con ustedes, mis colosales y anónimos amigos” (“La vuelta la pago”, p. 373). Este diálogo con los lectores -ya sea ficticio o real- permite organizar numerosos crónicas que se articulan como respuesta a las inquietudes de su público: “Uno me escribe: “¿Por qué usa la palabra ‘cuete’ que estaría bien colocada si la hubiera puesto un carnicero?” (“¿Cómo quieren que les escriba?”, p. 371). Esta inquietud del lector le permite al cronista justificar el uso del habla y hasta de la jerga popular, el uso del “lenguaje de la calle” porque se dirige “a los que andan por esas mismas calles” (*Ibidem*).

#### *Los temas costumbristas*

A lo largo de sus crónicas Roberto Arlt aborda también una serie de temas clásicos de la tradición costumbrista, por ejemplo, los caracteres y tipos representativos de la ciudad, los paseos, espectáculos, fiestas y entretenimientos populares, la ciudad y sus habitantes, su estado urbanístico, la realidad política, el lenguaje, la condición de la mujer, todos bien documentados desde los albores del costumbrismo rioplatense<sup>18</sup>.

Ya hemos destacado los rasgos del cronista tomados de la tradición costumbrista que adopta Arlt, y asimismo es evidente una actitud crítica frente a ciertas costumbres y situaciones que lo relaciona con el costumbrismo ético social. Así su deambular por la ciudad en busca de material para su crónica, aunque por momentos evoque una estampa pintoresca, está guiado principalmente por un espíritu crítico que denuncia

diversos vicios sociales, y que se detiene para señalar los problemas que afectan a cualquier caminante de la ciudad: escombros en las veredas, polvo en los caminos, basura en las calles.

Una de las costumbres presentadas críticamente por las crónicas de Arlt es la del carnaval, reconocido tópico del costumbrismo argentino. Sin embargo, el desarrollo del tema presenta una inversión de valores, un reflejo alterado de los lugares comunes que la crítica costumbrista -que podríamos llamar “tradicional”- proponía. A lo largo de prácticamente todo el siglo XIX, los cronistas anatemizan contra las bárbaras costumbres populares del carnaval y bregan por su reemplazo por otras más refinadas de origen europeo, principalmente bailes de máscaras y corsos.

Roberto Arlt aborda el tema desde una actitud de airada oposición: “Me da bronca tener que escribir sobre el Carnaval [...] Ante todo, ¿Por qué he de escribir sobre ‘las fiestas de Momo’? Pero voy a escribir, sí, voy a escribir para alacranear perfectamente, para sacarme la bilis que me baila en el hígado y en el píloro” (“Fiestas de carnaval”, p. 241).

La mirada crítica, destructora y mordaz va señalando a los participantes del corso que, como una comparsa de grotescos fantoches, desfilan frente al cronista y a un público hastiado que ha perdido la capacidad de divertirse, de vivir con plenitud la fiesta:

Pasan los forajidos con narices obscenas y haciendo cortes de manga a bordo de un birloche desencuadrado [...] Pasan unos turros a pie, enfundados en unos metros de arpillera. Careta de diez guitas. Una zanahoria gigante colgada de una sogueta [...] Pasa una brigada de malandrines. [...] llevan pantalón al revés, un pijama asqueroso, un rancho cortado en estrella, bastones de ardua solidez, cadena de atar perros y reloj despertador colgado del chaleco (*Ibidem*, p. 243).

Una vez más los hábitos populares del carnaval son denostados por el cronista, pero la perspectiva es diferente: Arlt denuncia la hipocresía y el afán de apariencia de una clase a la que pertenece, la burguesía. Así, por ejemplo, las breves notas ponderativas de cierto tipo de crónica carnavalesca: “Dando muestras de exquisito buen gusto, las niñas de la familia XX adornaron su palco en el corso” o “Notamos la presencia de la familia Bellagamba y de las niñas Dorita, Pola y Hebe en la tribuna oficial” (*Ibidem*, p. 242), son desnudadas en su más cruel e realidad: “[...] las niñas Dorita, Pola y Hebe son tres loros desorejados. El palco estaba adornado con unos metros de tartalán amarillo ensuciado por las moscas y descolgado para las circunstancias de la araña de la sala” (*Ibidem*).

La adopción de costumbres extrañas, el afán de apariencia conlleva la pérdida de un núcleo genuinamente humano, la capacidad de alegría, por ello, el cronista lapidario afirma: “Y así dice la gente que se divierte. Y exclaman al día siguiente: ¡Qué farra ‘hicimo’ anoche! Dios los perdone, amén”. (“¡Qué farra ‘hicimo’ anoche!”, p. 246).

La ácida crítica hacia estos “modernos” carnavales está cimentada en la añoranza de un pasado perdido y, al parecer irrecuperable que contrasta con el afán progresista que caracterizó la mayor parte del costumbrismo crítico argentino:

Y esto es carnaval. ¡Haga el favor! Carnavales eran esos otros, aquellos en que con lo menos que le tiraban era con huevos podridos y líquidos orgánicos en descomposición... Carnavales eran aquellos en que a media noche, como sobre un mar en borrasca, se veía la estampa de una fregona flotando sobre una multitud de brazos que soliviaban las cocinas más gigantes del mundo (“Fiestas de carnaval”, p. 243).

En los ejemplos comentados, si bien el tema y la actitud crítica básica son tópicos del género, el contenido de la crítica ha girado hacia su opuesto. En el siglo XIX, el esfuerzo de los cronistas se centraba en la denuncia de las bárbaras costumbres populares. En la década del 30, Arlt denuncia que los cambios operados en la burguesía, que finalmente asumió -por lo menos en parte- el ideal progresista de los hombres del siglo pasado, son una mera hipocresía que ha llevado a perder el verdadero sentido de una fiesta popular como el Carnaval. Finalmente el pueblo, la burguesía, ha asumido el baile de máscaras y el corso a semejanza de las sociedades europeas, sin embargo, se ha perdido el sabor propio, la “barbarie” añorada por el cronista, que dotaba de sentido a la fiesta.

Otro tema destacado que recupera la tradición del costumbrismo ético-social es el de la ciudad: la descripción de paseos y calles principales y la constante crítica a las falencias de la urbanización y modernización de la ciudad. A partir de su deambular por Buenos Aires, el cronista detecta y denuncia, con gran carga irónica, la modernización parcial de la ciudad, principalmente el estado de abandono de las zonas suburbanas. Por ejemplo, su paseo por la Isla Maciel lo lleva a observar sus “calles terribles”, “calles de fango negro”, calles “más misteriosas que refugios de pistoleros”. Este espacio de la periferia ostenta, por contraste, símbolos del progreso que hacen aún más evidente el estado general de abandono: “[...] un tranvía amarillo ocre pone sobre el fondo ondulado de chapa de zinc de las casas de

dos pisos su movediza sombra de progreso” (“Grúas abandonadas en la Isla Maciel”, p. 59).

El lugar descripto aparece extraño al cronista que desconoce el espacio urbano cotidiano, razón que lo lleva a exclamar: “No se sabe si se encuentra uno en una orilla de África o en los alrededores de una ciudad nueva de la península de Alaska” (*Ibidem*, p. 60).

Ciertos elementos son constantes en sus crónicas, y en buena medida no se alejan de los tópicos del género como la denuncia de edificios a medio terminar que se traducen en una general sensación de fracaso para el viandante que los observa, como puede verse en la nota “Casa sin terminar”: “Y es que esa casa, sin techos, sin puertas, sin revoque, es el exponente de un fracaso de ilusiones, la demostración más evidente de que su dueño fue sorprendido por algo terrible cuando menos lo esperaba” (“Casas sin terminar”, p. 87).

Si bien la reflexión de muchas de estas aguafuertes sobre tema urbano, colinda a veces con lo metafísico, la denuncia siempre es concreta, realizada a partir de un espacio urbano fácilmente identificable a partir de sus coordenadas geográficas precisas:

En la calle Laguna (Floresta), al 700, más o menos, hay una edificación de dos pisos en este estado. [...]

En Chivilcoy y Gaona, Floresta también, hay otra casita en el mismo estado. [...]

En la Avenida San Martín, cerca de Villa del Parque, también había otra en bloques de cemento. [...]

En la misma Avenida San Martín y Añasco, mucho más arriba, o sea casi en Villa Crespo, durante la guerra había otra casa de tres pisos en idéntico abandono” (*Ibidem*, p. 88).

Otro tema caro al costumbrismo crítico y relacionado con la urbanización de la ciudad es el estado de las calles, aceras, veredas, adoquinados y empedrados. Si pensamos que el cronista se define como un “vagante” que camina la ciudad, indudablemente, la ausencia de adoquinado o empedrado y el consiguiente mal estado de las calles es lo primero que experimenta en su deambular, especialmente si arrecia la lluvia o la sequedad y el sol levantan nubes de polvo:

[...] vaya por Villa Ortúzar, por Villa del Parque (todo el barrial y nada de parque), por Villa Luro. Calles y más calles sin adoquinar. Usted camina ratos largos sin divisar el salvador adoquín. Hay casas que han envejecido. Chicos que se hicieron grandes allí. No importa.

La Municipalidad o el gobierno o el diablo se olvidaron de que en esas calles vivían cristianos y cuando llueve se la regalo. Hay que entrar con zancos o con un hidroavión, pues de otra manera no hay caso de comunicarse con los vivientes (“El próximo adoquinado”, p. 104).

Para el cronista, el adoquinado se transforma en signo de progreso y civilización para la ciudad, de posibilidad de una vida más digna y fundamentalmente más cómoda para sus habitantes, sentido que lo relaciona con el costumbrismo ético:

El adoquinado es una especie de salvación para esta gente. Es la civilización, el progreso, acercando la ciudad a la pampa disfrazada de ciudad, que es nuestra urbe. El adoquinado es la esperanza de línea de tranvía o de ómnibus, es la valorización del terreno y la casita, el adoquinado es la obligación próxima de la vereda de mosaicos, del cerco con sesenta centímetros de tapia en mampostería, el adoquinado implica el frente revocado, la aparición de comercios... el adoquinado para la crosta suburbana es la mar en coche... ni más ni menos... como suena... la mar en coche (*Ibidem*, p. 105).

El cronista, a partir de su vagabundeo va describiendo los distintos lugares que constituyen el mapa de la ciudad: calles, recovas, paseos, plazas, el puerto. Desfilan así ante sus ojos los paseos “canallas” del pueblo y del poverío (“Las cuatro recovas”) pero también los paseos lujosos como el “Pasaje Güemes”. También las calles famosas pero despersonalizadas -para Arlt- como Florida y aquellas vivas y personalísimas como la singular calle Corrientes. Surge así una Buenos Aires en proceso de modernización donde conviven en alocada síntesis el progreso urbano y viejas estampas de un pasado que paso a paso se derrumba:

[...] Corrientes, es la peste de los destructores de calzadas y veredas. Cuando no es una empresa, es otra, o si no es la O.B.S de la N. y aquí ya no son “gambetas” las que tiene que hacer, sino saltos como si de dispusiera a entrenarse para intervenir en un concurso de garrocha.

Se suman a estos peligros, el de que los caballos de los placeros le devoren una oreja y el de que le escurran la cartera del bolsillo, esto sin contar los pechazos con que lo proyectan desde el centro de la vereda a la mitad de la calzada (“Encantos de las calles del centro”, pp. 256-257).

La ciudad ante el cronista se despliega en mil estampas futuristas que componen un cuadro donde el contraste señala una modernidad que aún no es tal en su totalidad. Contraste que acentúa sus aspectos más terribles a medida que el cronista se aleja del centro y se interna en el suburbio:

Así es Buenos Aires. Vasto y repleto de rincones curiosos.

Tan curiosos que si afirmara que las calles más feas del Dock Sud son jardines comparadas con otras que se encuentran en la capital, es posible que esta vez, y de veras, la gente dudara. Y sin embargo, no hay por qué no creerme (“Calles terribles”, p. 276).

Sin embargo, como ya hemos señalado, otro grupo de textos centran la mirada en aquellos aspectos que muestran el desarrollo desparejo de la ciudad, en la desproporción que se halla entre el vertiginoso crecimiento urbano del centro y el abandono angustioso de los barrios periféricos, que hacen de Buenos Aires una ciudad de lastimosos contrastes.

Las imágenes utilizadas para mostrar el abandono y el desaseo de la ciudad, tienden a dar vida a calles y baldíos periféricos que se transforman así en seres monstruosos que surgen amenazantes de las páginas de las aguafuertes: “Si se pudiera decir que la suciedad ‘vive’, afirmaríala que la avenida Roca respira, alienta un flujo y reflujo de hediondez...” (“Escuelas invadidas por las moscas”, p. 289). La hipébole y la exageración satírica permiten al cronista centrar su ironía en las autoridades municipales que no asumen debidamente sus responsabilidades: “En una zona se llama Godoy Cruz, en otra Almería, en otra Intendente Bullrich, pero si a los ediles les sobrara un poco de imaginación (no mucha) a esta calle nacida del entubamiento del arroyo Maldonado, la designarían con el poético, realista y único nombre que honor le corresponde: la Avenida del Gato Muerto” (“La avenida del Gato Muerto”, p. 290). Cabe aclarar que este tipo de crítica satírica a las autoridades municipales es también característica del costumbrismo crítico.

El balance del cronista sobre la modernización de Buenos Aires se muestra contradictorio: por una parte Arlt se autodefine como un típico hombre de ciudad y las aguafuertes que pintan las calles del centro -por ejemplo Corrientes- trasuntan la embriaguez dionisiaca que produce la urbe moderna, pero al mismo tiempos se observa una cierta nostalgia por el pasado de aldea, por el espacio propio de los pueblos que contrasta con la estrechez de la urbe moderna: “Porque nosotros, hombres de ciudad, estamos acostumbrados a un espacio de dieciséis metros cuadrados. A la oscuridad de los departamentos. Y a todo lo francamente abominable que el progreso, la



tacañería de los propietarios y los digestos municipales han amontonado sobre nuestras cabezas” (“Pueblo de los alrededores”, p. 237).

La ciudad se presenta como un mosaico cubista en el que se superponen simultáneamente el campo y la ciudad, el centro y la periferia, el pasado y el presente, la pobreza y la riqueza *snob*, el carácter nacional y la inmigración. Mosaico que muestra a los lectores los resquicios oscuros de una modernidad que no resulta perfecta. El mito del progreso que dio sentido a la vida de las generaciones anteriores colapsa en las aguafuertes y se torna un concepto inútil y falaz. Nada de lo prometido se ha concretado y en su lugar se encuentra una urbe monstruosa que no es totalmente moderna y que ha perdido a la vez el encanto y la tranquilidad del pasado:

Puede usted decirme, querido señor, ¿para qué sirve este maldito progreso? Sea sincero. ¿Para qué le sirve este progreso a usted, a su mujer y a sus hijos? ¿Para qué le sirve a la sociedad? ¿El teléfono lo hace más feliz, un aeroplano de quinientos caballos más moral, una locomotora eléctrica más perfecto, un subterráneo más humano? Si los objetos nombrados no le dan a usted, salud, perfección interior, todo ese progreso no vale un pito, ¿me entiende? Los antiguos creían que la ciencia podía hacer feliz al hombre. ¡Qué curioso! Nosotros tenemos, con la ciencia en nuestras manos, que admitir lo siguiente: lo que hace feliz al hombre es la ignorancia. El resto, es música celestial... (“¿Para qué sirve el progreso?”, p. 579).

De esta manera, el género costumbrista -que hemos llamado crítico- que había sido el vehículo idóneo utilizado por las generaciones anteriores para volcar una ideología progresista que centraba su planteo en el desarrollo urbano de la ciudad y de sus habitantes, es subvertido por Arlt para mostrar las contradicciones que estaban latentes en el ideal racionalista. Civilización y barbarie continúan presentes pero han cambiado el contenido de referencia y esto produce el extrañamiento que acentúa la contradicción. Por una parte Arlt es continuador de una tradición costumbrista de la que toma temas, procedimientos y actitud crítica, pero a la vez se distancia al adoptar una nueva perspectiva: la crítica pierde entonces el valor reformador, el contenido ideológico que le había dado sentido y, en ciertos aspectos cae en el nihilismo, por una parte y en la nostalgia por un pasado ido, por el otro. En suma, la mirada de Arlt denuncia la crisis de las ideas que guiaron a las generaciones que forjaron la independencia y la organización nacional: conquistada la supuesta “civilización”, sólo se logra un anhelo insatisfecho por la barbarie perdida que es reconocida por auténtica.

---

**NOTAS**

<sup>1</sup> Arlt muere el 26 y al día siguiente aparece su última nota: “El paisaje de las nubes”.

<sup>2</sup> Cf. Sylvia Saítta. “Introducción”. En Roberto Arlt. *Aguafuertes porteñas; Buenos Aires, vida cotidiana*. Buenos Aires, Alianza, 1993, p. I.

<sup>3</sup> Sylvia Saítta. *El escritor en el bosque de ladrillos; una biografía de Roberto Arlt*. Buenos Aires, Sudamericana, 2000, p. 56.

<sup>4</sup> Cf. *Ibidem*.

<sup>5</sup> David Viñas. “Las ‘Aguafuertes’ como autobiografismo y colección”. “Ensayo Preliminar”. En: Roberto Arlt. *Obras*. Tomo II. Buenos Aires, Losada, 1998, p. 7.

<sup>6</sup> Ediciones de *Aguafuertes porteñas (Impresiones)*. Buenos Aires, Victoria, 1933. Buenos Aires, Futuro, 1950 (*Obras de Roberto Arlt*, vol. 5). Buenos Aires, Losada, 1958, con prólogo de Mirta Arlt. Hay también una selección posterior *Nuevas aguafuertes porteñas*. Buenos Aires, Hachette, 1960, prólogo de Pedro G. Orgambide.

<sup>7</sup> Véase para las características generales del costumbrismo el trabajo de Evaristo Correa Calderón, principalmente la introducción a su antología *Costumbristas españoles*. Estudio preliminar y selección de textos por E. Correa Calderón. Madrid, Aguilar, 1950. 2 vol. Para los rasgos costumbristas de Arlt véase Robert M. Scari. “Estructura y técnica de los ensayos costumbristas de Roberto Arlt”. En: *Revista de Literatura Hispanoamericana*. Venezuela, Un. del Zulia, n° 10, enero-junio 1976, pp.59-67.

<sup>8</sup> Robert M. Scari. “Tradición y renovación en *Las aguafuertes porteñas* de Roberto Arlt”. En: *Anales de Literatura Hispanoamericana*. Madrid, U. Complutense, n° 5, 1976, pp. 195-207.

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 199.

<sup>10</sup> *Ibidem*.

<sup>11</sup> Cf. Gioconda Marún. *Orígenes del costumbrismo ético - social. Addison y Steele: antecedentes del artículo costumbrista español y argentino*. Miami, Florida, Ediciones Universal, 1983, p. 8.

---

<sup>12</sup> Cf. Paul Verdevoye. *Costumbres y costumbrismo en la prensa argentina desde 1801 hasta 1834*. Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1994, pp. 457-458.

<sup>13</sup> Roberto Arlt. “Una excusa; el hombre del trombón”. En sus *Obras*. Estudio preliminar de David Viñas. Buenos Aires, Losada, 1998, tomo II, p. 95. A partir de aquí citamos por esta edición en el cuerpo del texto, aclarando el nombre de la crónica y las páginas.

<sup>14</sup> Sylvia Saítta comenta el carácter ficticio de muchas de las cartas que Arlt transcribe, pero agrega: “Sin embargo, en los años veinte, en el marco de la creciente despersonalización introducida por los medios masivos, los diarios despliegan diferentes estrategias que apuntan a reconstruir aquellos lazos sociales que la misma sociedad mediática está poniendo en peligro. El edificio de los diarios funciona como sede de encuentro entre periodistas y lectores, que acuden a los cronistas con las más diversas demandas, desde la búsqueda de empleo hasta la denuncia de malos tratos en ámbitos laborales, desde la solución de un pleito matrimonial hasta el reclamo de una investigación sobre malversación de fondos públicos. Asimismo, la presencia de los lectores en las páginas del diario ocupa, día a día, un lugar importante: los lectores escriben y opinan, protestan y levantan la voz, participan en las encuestas que organizan los diarios y envían su colaboración a las secciones que así lo demandan”. Sylvia Saítta. *El escritor en el bosque de ladrillos; una biografía de Roberto Arlt*. Ed. cit., p. 63.

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 59.

<sup>16</sup> Cf. Gioconda Marín. *Op.cit.*, p. 8.

<sup>17</sup> El destacado es mío.

<sup>18</sup> Paul Verdevoye en el índice de su obra citada, organiza el siguiente esquema de temas, obsérvese la semejanza temática con muchas de las *Aguafuertes*: I. Función y utilidad de los periódicos; II. Educación (Buenas, costumbres y salud); III. Libertad, moral y civismo (La libertad de criticar, Patriotismo, egoísmo y demagogia); IV. Teatro y educación (Dudas acerca del poder educativo del teatro, Función cívica y ética, Situación material, El público, Los actores, Elección de las piezas; Crítica teatral); V. Caracteres (Definiciones, A diestro y siniestro, Caracteres: el presumido, el ingrato, el fatuo, el crédulo, el igualitario, el envidioso, el ambicioso, el pudiente, el ignorante, el cortesano, el que busca empleos, el aprensivo, el importuno, el filósofo, el lechugino, el sastre, el escritor, los médicos, el mirón, el duelista, las madres desnaturalizadas); VI. Revista social argentina (Chismografía, Panorama bonaerense: Aspectos de la ciudad, entierros, cárceles, política y prácticas camperas;

---

Los habitantes: los indios, los mestizos, los negros, los criados, los extranjeros, un criollo de ley; Fiestas y entretenimientos: el juego, globos aerostáticos, riñas de gallos, corridas, baños en el río, el carnaval, fiestas patrias; La moda: los trajes, las peinetas; El lenguaje de los porteños); VII. Religión y sociedad (Ceremonias y fiestas religiosas, Culto, tradición y reforma); VIII. La condición de la mujer (Crítica general, Educación de la mujer, Función de la mujer, La moda, El casamiento, Protección de la mujer, Defensa de la mujer, La mujer esclava, Guerra de los sexos, Elogio de la mujer, Hermosura y cultura). Paul Verdevoye. *Op.cit.*, pp. 529-541.